

"El Corresponsal de París"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana)

Redacción y Admisión: 17 rue de Maubeuge  
Paris.

Año III. - Núm. 107.  
Paris 28 de Mayo de 1890.

Sumario. - Ojeada a la situación: Un fracaso previsto. Viaje del Presidente, un centenario glorioso; recuerdos dolorosos. - Extranjero: Bismarck y sus confianzas. Brindis intempestivo; la opinión en San Petersburgo. ~~Stanley y Lord Salisbury~~. - Miscelánea: Un folleto de sensación. Los dramas de París. El "salon" de los disidentes. ~~Impertinencias de algarabía~~.

Las últimas fiestas de Pentecostes nos han hecho retrasar de dos o tres días la presente crónica, por lo cual pedimos humildemente perdón a nuestros estimables lectores. Aquí en París hay con seguridad - y al decir París queremos decir Francia - muchas menos fiestas que en España; pero aquellas que el pueblo toma por su cuenta, sean o no de ritual, son celebradas en este país con una unanimidad tan grande - y esto sucede con el lunes llamado de Pascua - que no hay medio de resistir la corriente y hay que dejarse arrastrar, so pena de caer en el mayor ridículo. En dicho día nadie, pero absolutamente nadie, trabaja aquí, donde todo el mundo trabaja. Muchos establecimientos se cierran, y la mitad de París abandona la capital para lanzarse por esos mundos de Dios, queremos decir por esa inmensidad de encantadores pueblecitos que ciñen como con cintura de plata la gran Babilonia, ansiendo todos respirar el aire oxigenado de la campiña a plenos pulmones, a trueque de volver a engolfarse al día siguiente en este antro donde todo se respira y absorbe menos tranquilidad y ambiente puro.

Explicado nuestro silencio de estos últimos días, ocupámonos sin más digresiones en hacer un ligero resumen de lo más saliente ocurrido por acá durante este lapso de tiempo.

Como de costumbre, diremos algo en primer término acerca de política interior, por más que esto cause desagrado a ciertos corresponsales trashumantes que, afectando pasarse de listos pero faltando en realidad a todo el comedimiento que enseñan la discreción y las buenas prácticas, andan por ahí criticando como escriben los demás, sin otro objeto que darse tono y llamar sobre sí



la atención, a despectivo de la modestia y del buen gusto.

Decíamos, pues, que lo único importante que ha ocurrido estos días en lo tocante a política interior, se refiere a aquel tan manoseado proyecto acariciado durante mucho tiempo por los republicanos oportunistas, relativo a la reforma de las leyes que aquí rigen en materia de imprenta.

Los oportunistas y moderados de la Cámara, envalentados y, por decirlo así, seducidos con los cantos de sirena de los conservadores monárquicos, que no han cesado de cubrirles de flores a partir del fracaso de la manifestación socialista del día 1.º, creyeron cándidamente que el proyecto quedaría aceptado y votado incontinenti, y en esto, como en tantas otras cosas, se han llevado solemnísimo chasco. La cosa no nos ha cogido a nosotros de sorpresa, y tanto recordarían nuestros lectores que ese fracaso lo teníamos previsto y anunciado desde que la tal reforma quedó aceptada por el Senado. El director de la Repubblica francesa, Mr. Reinach, autor principal e iniciador del proyecto, está verdaderamente inconsolable de su fracaso, y desde las columnas del periódico no cesa de fulminar los rayos de su indignación contra la mayoría, anunciando todos los días el advenimiento de las cosas más horribles producidas por el exceso de libertad que aquí disfruta la prensa, contra la cual es indispensable en su concepto establecer una nueva legislación en sentido restrictivo, único medio de errayar y contener ciertos desbordamientos que hacen de una parte de la prensa francesa - dice - un verdadero lodazal de impurezas y de injurias.

No se distingue, cierto, la prensa de este país - y la de París menos que ninguna - por su comedimiento. De esto nos hemos lamentado muchas veces desde nuestras crónicas, poniendo de relieve la ligereza con que aquí se hacen los juicios de los hombres y de las cosas, la exageración de lenguaje, rayana de la descortesía y a veces del insulto, con que se entablan las polémicas de periódico a periódico, el modo escueto y descocado con que son tratadas las cuestiones más delicadas de la moral social y de la moral privada, el desenfado con que se aplican los calificativos de peor gusto los periodistas entre sí, la falta de respeto y consideración que merecen a los escritores de todo calibre los hombres y las instituciones más elevadas... Todo esto es desgraciadamente muy cierto; pero también lo es que la legislación de imprenta nada podría hacer para modificar este estado de cosas, como está probado por la estadística que el mantenimiento de la pena de muerte, por ejemplo, no ha logrado disminuir el número de crímenes que se vienen perpetrando en el



mundo Desde que los legisladores concibieron la idea de abolirla. Ese libertinaje de la prensa es hijo del estado íntimo social de este país, y todas las leyes serian impotentes para avasallarlo. Mucho se ha repetido hasta la saciedad la frase de que los males o abusos de la libertad con la minima libertad se curan. Algo de verdad hay en ella, y podríamos aducir muchos ejemplos para comprobarlo. Lo que ocurre ahora en Francia es que su literatura - en términos generales - se halla atacada de una verdadera influencia. Hay que vivir prevenidos contra ella; puede combatirse también con ciertos procedimientos indirectos o puramente higiénicos (valga la figura); pero es preciso reconocerlo: esa influencia no pasará hasta que se haya verificado una salubrificacón completa en el ambiente en que vive, en el aire que respiramos. Cuando en Francia haya cesado cierto estado de cosas indefinible que corroe su ambiente social, entonces su literatura - y por ende su periodismo - sufrirá la evolución que vanamente tratarían de imponerle los legisladores con sus leyes de represión y sus reformas.

Y basta ya de filosofías.

Cuatro palabras acerca del nuevo viaje emprendido por Mr. Carnot a las provincias.

El Presidente de la República es realmente un hombre incansable. Reverso de la medalla de Mr. Grévy, su antecesor, que jamás tuvo la ocurrencia de abandonar su palacio del Eliseo para ir a mostrarse a esos buenos provincianos, o si la tuvo no se resolvió a ponerla en práctica quizá por excesiva modestia, según algunos, o quizá por exceso de egoismo, según otros, la verdad es que Mr. Carnot no se da un momento de reposo desde que el sufragio del país le elevó a las importantes funciones que desempeña. Es el prototipo de la bonhomie. La primera magistratura de la nación no podía caer en mejores manos. Se presenta con una corrección admirable, como corresponde a todo un jefe de Estado. Los monárquicos, acaso para zaherirle, dicen de él que no se presenta mejor el monarca más empujorotado. Pase la cuclufleta, y digamos que efectivamente Mr. Carnot tiene el don de saber agradar a todo el mundo, no ya solo por la corrección con que se presenta, sino por la discreción con que habla. No es un gran orador, ni bastante menos; pero lo que dice lo dice con el tono de la persuasión y de la sencilla elocuencia, que es lo que más satisface a la generalidad.

En Montpellier, donde se ha celebrado con magnificencia y entusiasmo indescriptibles el cuarto centenario de la fundación de su célebre universidad, Mr. Carnot ha sido objeto de



ovaciones inenarrables. Hay que leer los periódicos de aquella ca-  
 pital para sentir palpar el entusiasmo de que aquellos bue-  
 nos provincianos estaban poseídos al tener à su vera al jefe  
 del Estado. Pero lo que particularmente nos ha interesado y  
 hasta conmovido ha sido la recepción hecha al Presidente de  
 la República en Belfort, enclavado, por decirlo así, en la  
 misma Alsacia-Lorena. En esa ciudad viven más de 16000  
 alsacianos que no quisieron someterse à la dominación alema-  
 na cuando aquellas dos provincias quedaron anexionadas al  
 imperio à consecuencia de la última guerra. Otros 20000 alsa-  
 cianos se trasladaron el día de la recepción del Presidente à  
 Belfort, abandonando sus hogares, hoy alemanizados, con ob-  
 jeto de atestiguar una vez más, en la persona de Mr. Carnot,  
 el amor que sienten hacia su antigua patria. Los alemanes  
 han debido ver forzosamente con mal ojo esa visita del jefe  
 de la República à Belfort, donde en realidad lo que se <sup>ha</sup> ce-  
 lebrado no ha sido una simple recepción, sino una mani-  
 festación delirante en pro de la recuperación de la Alsacia  
 y la Lorena. Los discursos que con esta ocasión se pronun-  
 ciaron son recuerdos dolorosísimos de la última guerra. Bel-  
 fort fue indudablemente la plaza que más heroicamente se de-  
 fendió en aquella tristemente memorable campaña. Nin-  
 guna población podía evocar aquellos sangrientos recuerdos con  
 mejores títulos, al verse visitada por primera vez por el jefe  
 del Estado. — Es inútil decir que Mr. Carnot supo salvar dis-  
 cretamente las dificultades de su situación, atrayéndose con  
 ello los plácemes de todo el mundo. La visita del Presidente  
 à Belfort es de esas que difícilmente se olvidan, y tenemos  
 por seguro que Mr. Carnot no ha de olvidarla mientras viva

Aunque al correr de la pluma, resumamos lo más intere-  
 sante que ofrece estos últimos días la crónica extranjera.

Las confidencias de Mr. de Bismarck à los corresponsales de  
 periódicos han causado al emperador Guillermo grandísima indigna-  
 ción, si hemos de creer lo que dice la prensa oficiosa de Berlín. El  
 joven soberano está dispuesto à todo antes que consentir que le alcan-  
 cen en lo más mínimo las indirecciones de su ex-canciller. Toda la  
 correspondencia telegráfica dirigida à su antiguo consejero es inter-  
 ceptada y su circulación no es permitida si antes no recibe  
 el exequatur del emperador. De esto à una segunda edición  
 del célebre proceso del conde de Arnim, no hay más que un paso.

De San Petersburgo comunican así mismo que la indig-  
 nación allí es general, à consecuencia del intempestivo brindis



pronunciado por el emperador Guillermo en Königsberg, del cual dábamos un extracto en nuestra última crónica. Los rusos, y los que no son rusos también, están ya muy acostumbrados à las genialidades e intemperancias del joven soberano de Alemania; con todo, no comprenden como, hallándose este en vísperas de trasladarse al territorio del vecino imperio para presenciarse las maniobras militares del ejército del czar, se ha atrevido à lanzar à la faz de Europa ese discurso, que viene à ser una especie de reto ó provocación en medio de la plácida relativa en que ahora vivimos.

Y no hay otra cosa interesante.

+ \* +

La literatura marcial, si así podemos llamarla, ha dado últimamente à la estampa una obra que ha causado en el primer momento una cierta sensación. Nos referimos al folleto de Camilo Dreyfus titulado "Guerra necesaria". El libro está encaminado à probar que el momento decisivo para emprender la soñada guerra de revancha contra Alemania ha llegado. "El momento histórico-dice ha llegado. Dos años atrás hubiera sido acaso demasiado pronto. Dentro de dos años será con seguridad demasiado tarde." — La prensa de todos matices se ha apoderado de este folleto y lo ha desmenuzado. De ello podría sacarse una singular deducción: la de que aquí todos sueñan en la guerra de revancha; pero nadie la quiere todavía... excepto Mr. Dreyfus, que está amenazado de quedarse completamente solo.

+ \* +

Quisiéramos decir algo del "salón" de pinturas, llamado de los disidentes, establecido en el palacio de Bellas Artes del Campo de Marte; pero el tiempo y el espacio nos faltan y tendremos que dejarlo para nuestra próxima crónica.

En París no se habla actualmente de otra cosa — constituyendo en realidad el verdadero asunto del día — que de la prisión de Eyraud, el presunto asesino de Giové. Todo el mundo espera con ansiedad su llegada à esta capital, creyendo más ó menos fundadamente que sus revelaciones han de dar un giro imprevisto al ya célebre proceso. Esto creemos también nosotros. Todos son grandes criminales — y Eyraud pertenece seguramente à era rara — guardan siempre alguna sorpresa, cuando nó un cadáver, en el fondo de su maleta.

Arturo Vinardell Ruiz.